

## Cartas Levantiscas (III)

*Alcalá de Henares, 15 de agosto de 1995*

Querido amigo:

Sé que a menudo te irrita el tono de estas cartas, mas no puedo evitar su talante levantisco, que me viene impuesto por la fuerza de las circunstancias y la flaqueza de mis ánimos.

Mis juicios parecen sumarios, lo sé; en ocasiones sumarísimos: de buen grado me explayaría en mis críticas, de no ser porque el medio epistolar excluye a la vez la extensión y la intensidad. Las cartas sólo permiten el desahogo, la invectiva, el lamento. Según el pudor y la pericia de quien las escribe, pueden presentarse con mayor o menor rigor formal y por lo tanto resultan más o menos tolerables para el sufrido lector.

¡Basta ya de justificaciones y volvamos a lo nuestro! a saber: los libros, las ideas, los suspiros y las lágrimas de España. Mis viajes quedan muy lejos, cada día más; no hablaré más de Colombia ni de demás tierras allende los Pirineos y los mares, porque no es sano ni recomendable suscitar la envidia. Conviene, en efecto, cultivar lo propio, detener por un tiempo la mirada en lo que nos rodea, en las ciudades, los campos, las sierras y las costas de esta tierra nuestra, que pensamos conocer y que, por el contrario, nos resultan tan extraños.

Los españoles vivimos ya desde hace siglos negando lo que tenemos y creyendo poseer lo que no es nuestro. No hay conciencia más falsa que la de un español, ni corazón más sincero: miente y se engaña de buena fe. Es conveniente que los españoles con algunas letras y luces suficientes se impongan la tarea de examinar la cultura española con un ojo crítico: que aparten la paja del grano como se dice; que conserven lo valioso y que nos libren por fin de lo que nos sobra y entorpece. Guiado por este único criterio, me he permitido proferir determinados juicios que te habrán podido parecer injustos. A veces hay que ser injusto con lo propio en beneficio de uno mismo. Hay que aspirar a lo mejor, y no dudar en



prescindir de todo lo que nos aparta de la meta. Daré un ejemplo. En materia de literatura, de pensamiento, exaltemos a A. Machado, a Ortega y Gasset, y reservemos un lugar modesto para J.R. Jiménez y Unamuno.

Temo haber ofrecido hasta ahora tan sólo la cruz amarga de la crítica, y no la cara dulce, acaso porque pretendía huir de la tendencia inevitable de la crítica encomiástica hacia la hagiografía. Yo me guardo mis admiraciones para mis adentros: la crítica verdaderamente constructiva es la que no vacila en derribar unos malos cimientos. Mi condición cosmopolita y la convicción de que la cultura no tiene provincias, dilatan mis aficiones al máximo que me permite mi formación. Puestos a buscar lo mejor, en literatura, pongo por caso, muchas veces la honradez nos llevará a mirar al otro lado del atlántico, donde España se funde con América, y por supuesto a Europa, en un sentido lato, pues se trata de un continente que nunca ha cabido en sus estrechos límites geográficos.

Por último, sé que mis breves incursiones en la política, meramente dialécticas, te parecen fuera de lugar para quien, como el que escribe estas líneas, se dedica al saber y a la literatura. Mis afanes no son políticos, sino civiles: censuro la poca cultura política de mis conciudadanos antes que su actividad política propiamente. Cuando un pueblo se echa a la calle para defender a un club de fútbol, y no para quejarse de unos tributos injustos o de los desafueros de sus gobernantes, o bien se encuentra a un paso de la tiranía o ya es esclavo.

Con mucho afecto, te saluda tu amigo,

Víctor Vázquez